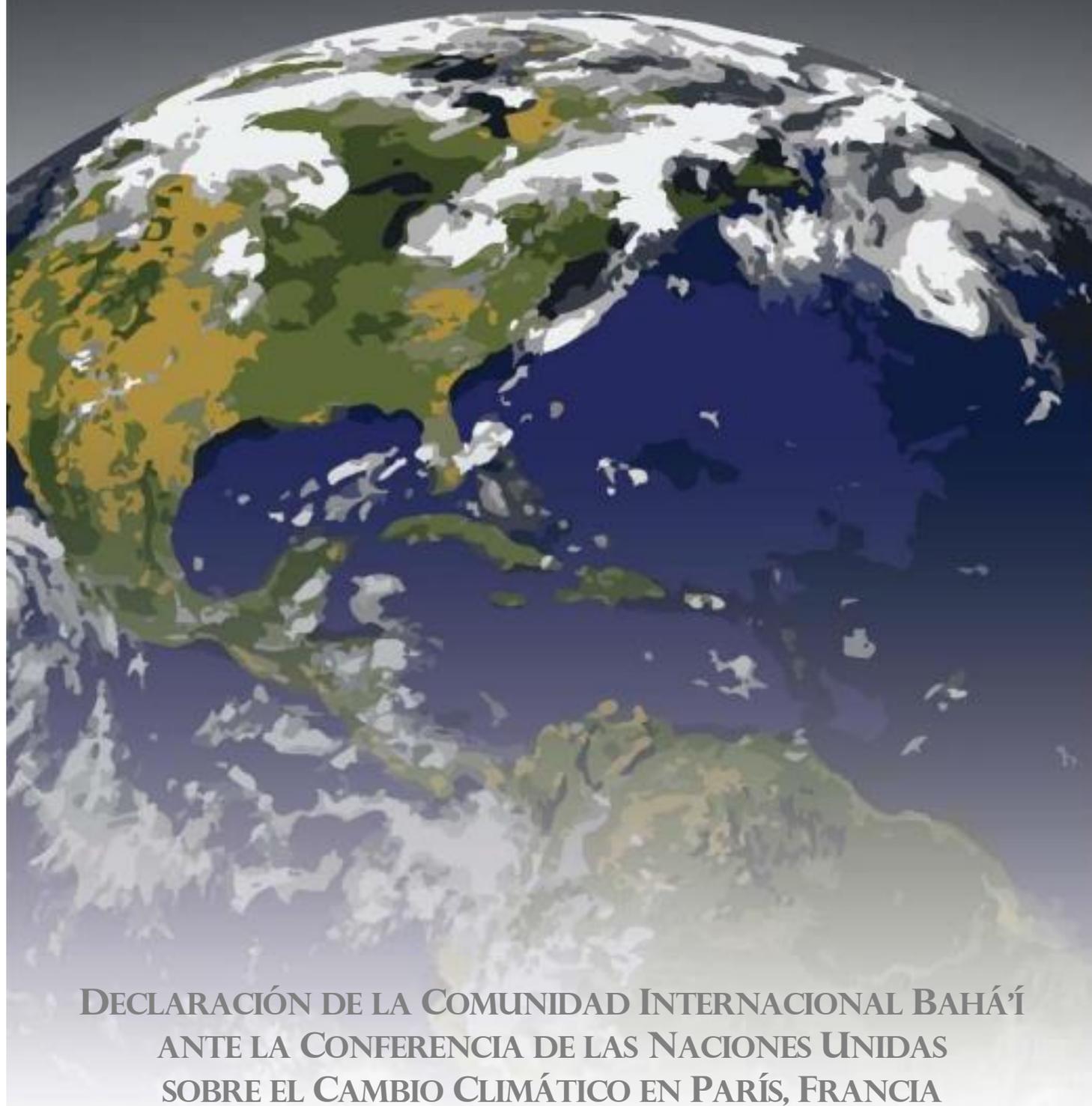


**VISIÓN COMÚN, VOLUNTAD COMÚN:
ESCOJAMOS JUNTOS EL FUTURO DE NUESTRO MUNDO**



**DECLARACIÓN DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL BAHÁ'Í
ANTE LA CONFERENCIA DE LAS NACIONES UNIDAS
SOBRE EL CAMBIO CLIMÁTICO EN PARÍS, FRANCIA**

Copyright 2015 Bahá'í International Community
www.bic.org
Bahá'í International Community
866 United Nations Plaza, Suite 120
New York, NY 10017, USA

DECLARACIÓN DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL BAHÁ'Í ANTE EL 21º PERIODO DE SESIONES DE LA CONFERENCIA DE LAS PARTES EN LA CMNUCC (COP 21)

El cambio climático antropogénico no es inevitable; la humanidad elige sus relaciones con el mundo natural. Este es el tema fundamental tratado en la Conferencia de París sobre el Clima de 2015 (COP 21), cuyos esfuerzos se centran, de muchas maneras, en la identificación de los medios por los que se pueden tomar mejores decisiones. El orden mundial actual ha considerado con frecuencia al mundo natural como una reserva de recursos materiales para explotar. Las graves consecuencias de este paradigma se han hecho demasiado evidentes, y resulta obvio que se necesitan relaciones más equilibradas entre los pueblos del mundo y el planeta. El problema que se plantea hoy en día es cómo pueden establecerse mejor las nuevas pautas de acción e interacción, tanto a nivel individual como colectivo, a través de las decisiones personales, los sistemas sociales y las instituciones de gobierno.

Con la aprobación del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo Sostenible de 2030, con sus dimensiones sociales, económicas y ambientales, se ha ido creando un impulso para un cambio significativo. Por primera vez parece estar al alcance de la mano un acuerdo universal y jurídicamente vinculante sobre las emisiones de carbono. Sin embargo, la sostenibilidad se define tanto por factores humanos y sociales como ecológicos. Por ejemplo, se ha encontrado una correlación entre la desigualdad y la degradación del medio ambiente¹, lo que sugiere que las relaciones que vinculan a los seres humanos entre sí tienen un impacto directo en los recursos físicos del planeta. Los

¹ Véase, por ejemplo, el Informe sobre Desarrollo Humano de 2011: «Una lente conjunta muestra cómo la degradación del medio ambiente intensifica la desigualdad a través de los efectos adversos en personas ya desfavorecidas y cómo las desigualdades en el desarrollo humano amplifican la degradación del medio ambiente». También, Holland, T. G., Peterson, G. D., & Gonzalez, A. (2009). A Cross-National Analysis of How Economic Inequality Predicts Biodiversity Loss. *Conservation Biology*, 23(5), 1304-13013; Andrich, M. A., Imberger, J., & Oxburgh, E. R. (2010). Raising Utility and Lowering Risk through Adaptive Sustainability: Society and Wealth Inequity in Western Australia. *Journal of Sustainable Development*, 3(3), 14-35.

sistemas mundiales que han dejado a muchas personas en la pobreza y la miseria, han empobrecido igualmente el medio ambiente natural.

Por lo tanto, una actitud más equilibrada hacia el medio ambiente debe abordar las condiciones humanas tan a conciencia como lo hace con las naturales. Debe encarnarse en normas sociales y pautas de acción caracterizadas por la justicia y la equidad. Sobre esta base se puede construir una visión evolutiva de nuestro futuro común. Y esa visión, a su vez, constituye un poderoso mecanismo para movilizar las acciones en todo el mundo y coordinar las numerosas iniciativas en líneas de acción que se refuercen mutuamente.

Cimientos para una nueva conciencia

Poner a la humanidad sobre un camino hacia un futuro más sostenible implica una transformación en las actitudes y en las acciones. Será fundamental reformar las estructuras institucionales, que por cierto es un tema central de los reunidos en la COP 21. Sin embargo, en última instancia son las personas, cualquiera que sea su papel o posición en la sociedad, las que llevan a la práctica las políticas de una administración central o las ignoran, las que participan en programas bien concebidos o continúan sus pautas de vida como antes. Cada uno de nosotros tiene medios para actuar, y ninguna de nuestras decisiones carece de consecuencias. El establecimiento de pautas sostenibles de vida individual y colectiva exigirá, por lo tanto, no solo nuevas tecnologías, sino también una nueva conciencia en los seres humanos con una nueva concepción de nosotros mismos y de nuestro lugar en el mundo.

¿De dónde surgirá esta conciencia? ¿Y dónde ha de hallarse la voluntad y la autodisciplina necesarias para encarnarla en innumerables ciudades, pueblos y aldeas? Cualidades como la capacidad de sacrificarse por el bienestar de todos, de confiar y ser digno de confianza, de sentirse satisfecho, de dar libre y generosamente a los demás no derivan de un mero pragmatismo ni de la conveniencia política. Más bien surgen de las fuentes más profundas de la inspiración y motivación humanas. En esto, la fe ha demostrado ser un elemento clave, ya sea en la eficacia de las iniciativas sostenibles o en la capacidad de la raza humana.

Cabe destacar el papel que desempeña la fe religiosa. La religión ha sido una característica de la civilización humana desde los albores de la

historia, y ha impulsado a innumerables multitudes a levantarse y a esforzarse por el bienestar de los demás. La religión ofrece una comprensión de la existencia y el desarrollo humanos que eleva la mirada desde el camino rocoso hasta el horizonte lejano. Y cuando es fiel al espíritu de sus trascendentales fundadores, la religión ha sido una de las fuerzas más poderosas para la creación de nuevos y beneficiosos patrones de vida individual y colectiva.

Por tal motivo, la religión ofrece una fuente vital de compromiso con los nuevos modelos de vida cotidiana que pueden resultar desafiantes. Es digno de mención el hecho de que los dirigentes religiosos y las organizaciones religiosas se han mostrado cada vez más activos en los asuntos relacionados con el medio ambiente y la justicia en lo que respecta al cambio climático. Pero la convicción religiosa no se traduce automáticamente en el servicio al bien común. Es perfectamente posible, por ejemplo, tener una congregación de fieles bien intencionados cuyas acciones contribuyan poco al mejoramiento de la sociedad. Es evidente que hay mucho que aprender acerca de cómo los nobles ideales se expresan en una acción comprometida y sostenida. En este sentido, las comunidades religiosas pueden entenderse como comunidades de práctica en las que las enseñanzas espirituales se traducen a la realidad social. En su seno, se puede poner en marcha un proceso de creación de capacidad que permita a las personas de todos los orígenes participar en la transformación de la sociedad. Descubrir la forma en que esto puede llevarse a cabo en diferentes contextos y culturas promete ser un área de fértil investigación para todos los que trabajan en cuestiones de sostenibilidad.

Identificar los principios espirituales que están en la raíz de los desafíos ecológicos también puede ser clave para formular acciones efectivas. Por ejemplo, que la humanidad constituye un único pueblo o que la justicia exige la participación universal en la labor del desarrollo sostenible son principios que reflejan la rica complejidad de la naturaleza humana. No menos importante es que ayudan a fomentar la voluntad y la aspiración necesarias para facilitar la aplicación de medidas pragmáticas. La identificación de los principios subyacentes a determinados problemas y la formulación de medidas a la luz de sus imperativos es, por consiguiente, una metodología de la que todos pueden beneficiarse y a la que todos pueden contribuir: los que desempeñan funciones

tradicionalmente religiosas, los gobernantes, el sector empresarial, la sociedad civil y todos los que participan en la formulación de políticas públicas.

Una base para la acción colectiva

Las iniciativas sobre problemas de sostenibilidad suelen basarse en el sentimiento de que todos vivimos en el mismo planeta. Por supuesto, no hay que descartar las preocupaciones compartidas como el cambio climático, la migración transnacional y las pandemias mundiales. Pero la verdadera transformación de las formas de vida individual y colectiva exige una comprensión mucho más profunda de la interdependencia de la biosfera planetaria. Las personas y el medio ambiente son aspectos interconectados de un sistema integrado orgánicamente. En este momento de la historia, ninguno de los dos puede ser entendido con precisión si se le aísla del otro.

Esta idea implica la unidad orgánica de la especie humana en sí misma. Por simple que pueda parecer en el discurso popular, el concepto de que la humanidad constituye un solo pueblo tiene numerosas implicaciones para la elaboración de acciones eficaces a todos los niveles. La COP 21, por ejemplo, puede entenderse como una oportunidad para abarcar más profundamente las implicaciones prácticas de la unidad de la humanidad, en particular la obligación de traducir nuestra responsabilidad moral hacia los demás y hacia el mundo natural en acuerdos, planteamientos y planes de acción tangibles.

Una conciencia rica y cada vez más profunda de la unidad de la humanidad es la única manera de superar los obstáculos inherentes a las dicotomías como rico/pobre, norte/sur, desarrollado/en desarrollo. Las denominaciones de este tipo no carecen de fundamento, ya que algunos países tienen más recursos financieros que otros. Pero si bien no hay que negar estas realidades, tampoco hay que permitir que paralicen la acción constructiva. Más bien, deberían incorporarse a la idea de que un mundo integrado, sostenible y próspero no se construirá por «nosotros» trabajando junto con «ellos», sino por todos nosotros trabajando en nombre de todos.

El principio de la unicidad de la humanidad pone de manifiesto las poderosas conexiones que se encuentran entre aumentar el bienestar de

las personas e invertir la degradación ambiental. Es cierto que la huella ecológica de ciertas áreas es mucho mayor que la de otras. Esta es una realidad que tendrá que ser abordada tanto a través de la elección voluntaria como de la regulación gubernamental. Pero de igual importancia será sacar a miles de millones de personas de la pobreza de manera que no solo se reduzca el daño causado al medio ambiente, sino que lo mejore activamente. Satisfacer las necesidades sociales en el contexto de las necesidades medioambientales responde a los apremiantes imperativos morales del cambio climático. Pero su justificación es también muy pragmática, ya que el cambio climático exige la adopción de medidas urgentes, y los beneficios de esas medidas serán mayores cuanto antes se adopten.

Esta clase de esfuerzos también sientan las bases para valorar a la gente y al planeta tan explícitamente como lo ha hecho el beneficio. Hoy en día se reconoce ampliamente la idea de que la búsqueda exclusiva de ganancias financieras ha llevado con demasiada frecuencia a la destrucción tanto de los sistemas naturales como de las vidas humanas. Este legado ha dejado una profunda ambivalencia sobre el papel que el sector empresarial y las fuerzas del mercado deben desempeñar en los esfuerzos de sostenibilidad. Esas preguntas son complejas y no tienen una respuesta sencilla. Pero lo que parece imperativo es que los esfuerzos de buena fe se integren mundialmente en un esfuerzo justo que evite toda forma de exclusión que genere oposición, hostilidad, actitudes defensivas y desconfianza.

Reestructurar las relaciones para un planeta sostenible

El principio de la unicidad de la humanidad tiene implicaciones en las relaciones a todos los niveles. Las decisiones individuales y la acción gubernamental a menudo se oponen sutilmente entre sí, lo que sugiere que una u otra tienen o merecen prioridad. En realidad, por supuesto, ambas son necesarias. Los acuerdos y protocolos a nivel gubernamental serán insuficientes si los individuos no adoptan estilos de vida y comportamientos más sostenibles. Del mismo modo, las acciones individuales por sí solas, como la conservación del agua y la reducción de los residuos, por ejemplo, serán insuficientes si los gobiernos no realizan los cambios necesarios a nivel estructural. También es crucial la comunidad que, como unidad de civilización distinta con sus propias

capacidades y cualidades, tiene un papel único y vital que no puede pasarse por alto. Será necesario aumentar la integración entre esos tres niveles para lograr un progreso duradero

¿A qué se parece esto en la práctica? Los hábitos de consumo pueden ilustrarlo bien. Por ejemplo, tomemos a gente dispuesta a reciclar, pero que vive en zonas sin servicios como centros de recogida de basura o compostaje comunitario. Sin el apoyo apropiado del gobierno, entonces, las posibilidades de cambio individual están severamente limitadas. Se necesita una acción institucional para crear un ambiente propicio. El gobierno tiene un papel vital en la elaboración de las políticas, leyes y regulaciones necesarias para apoyar las acciones y comportamientos deseados.

Este marco, sin embargo, se limita a establecer el escenario. Porque en última instancia son los individuos los que toman la iniciativa de adoptar nuevas pautas de acción o de actuar como de costumbre. Por lo tanto, el comportamiento humano y la toma de decisiones personales son decisivos para el éxito de los esfuerzos de sostenibilidad, especialmente en la esfera de los valores, la ética y la moral. Esas cualidades pueden parecer difusas o algo «blandas», pero los cambios en el estilo de vida no se sostendrán si lo que dirige nuestro comportamiento, como las actitudes y las creencias, no cambian también. Los hábitos de consumo no cambiarán si la adquisición y la acumulación continua de bienes de lujo se consideran símbolos poderosos de éxito e importancia. Por lo tanto, la creación de pautas de vida más sostenibles exigirá un diálogo continuo sobre la naturaleza humana y los requisitos previos del bienestar.

¿Cómo hacer surgir este diálogo? El gobierno puede contribuir, mediante la divulgación educativa y los esfuerzos por crear un compromiso entre los interesados. Pero la comunidad tiene un papel vital que desempeñar para permitir el diálogo sobre las opciones y los comportamientos. ¿Se acogen las políticas municipales o provinciales de conservación del agua como un progreso o se tratan como una molestia innecesaria? ¿Las decisiones colectivas sobre la infraestructura se basan en una visión común del futuro o los individuos se cuidan principalmente a sí mismos? Las cualidades de la cultura que sustentan cuestiones como éstas surgen en el contexto de la comunidad. La comunidad puede proporcionar un

entorno en el que se combinen numerosos participantes, orígenes, talentos y actividades para lograr el cambio y el progreso. También proporciona un espacio clave en el que se puede llegar a un consenso sobre metas y objetivos conjuntos y construir una visión común del futuro entre una población. La creciente lista de ciudades que adoptan medidas mucho más enérgicas que sus gobiernos nacionales en relación con las cuestiones climáticas es solo un ejemplo del poder que tiene una comunidad que es capaz de perseguir un propósito común mediante esfuerzos coordinados.

La exploración de nuevas pautas de interacción entre los diferentes actores de la sociedad, como las personas y las instituciones, será fundamental para la tarea de establecer relaciones más sostenibles con el mundo natural y entre los diversos segmentos de la familia mundial. La labor de hacer frente al cambio climático mundial gira en última instancia en torno al objetivo de una vida humana bien vivida, que es una meta acariciada por los pueblos y las culturas de todo el mundo. Por lo tanto, en ella se puede encontrar un poderoso punto de unidad para apoyar la labor que se avecina. Confiamos en que los esfuerzos de quienes participan en la COP 21 contribuirán a construir una base firme sobre la que puedan perseguirse, de manera cada vez más eficaz, el bienestar y la prosperidad de la humanidad para esta generación y las futuras.